

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

SIEMPRE hemos estimado con mucha consideración y respeto la labor, esforzada como pocas, del enseñante que se encierra con una montaña de ejercicios escritos. Dura tarea, agravada por la repetición y la monotonía; comparable a esos trabajos alienantes en que el operario reproduce el mismo ademán sobre idéntico tornillo. Comparable, también, al oficio de juzgar aspiraciones poéticas, que a veces nos corresponde. (Y vaya por cuando nos toca ser juzgados).

Sin embargo, hay una diferencia, favorable a este último menester. Si el profesor raramente aprenderá algo de sus examinandos, el jurado puede hacerse con los rumbos y tendencias de la poesía, en una visión más ancha, me parece, que la conseguida como lector de libros o poemas que ya alcanzaran su publicación.

Pero es que comportando la poesía, por lo común, una confesión personal, se averigua en ella por dónde va la gente, por dónde va la vida.

En los últimos tiempos, ha venido predominando la solidaridad con los martirizados de la guerra. O de la guerrilla. Mucha Sierra Maestra, mucho Biafra, mucho Bangla Desh. Y, naturalmente, muchísimo Vietnam. Después, Chile... Se conocen poemas en que ha sido sustituido sucesivamente el escenario de la desgracia, como astutos vates de juegos florales poseen su soneto-comodín, de posible adjudicación ora a la Virgen de la Encina, ora a Nuestra Señora de Valvanera. Sale también a relucir la lucha generacional, con diatribas filiales, generalmente en verso muy libre. Y como siempre, los poetas maduros que se remozan en pasión amatoria, junto a mozos que proclaman el horrible cansancio de sus veinte años...

Constantes son de la condición humana. La novedad, el dato más reciente que nos procuran estas ocupaciones, podría estar en la tesitura de las mujeres poetas frente al amor. Es verdad que desde lejanas islas antiguas hasta el casi actual "¡Tálame!" de la pasional Juana de Ibarbourou, pasando por decenas de siglos (donde también cuenta la subconsciente confusión de algunas místicas), las mujeres han amado y deseado con la palabra hermosa. Lo que ocurre, ahora, es su tremenda urgencia; digamos su agresividad. En confortadora demostración de la ecuación poesía-vida coinciden ellas sobre el papel -no rosa, ni azul claro que suele ser papel de barba- con el cambio de tornas que se nos ofrece diariamente en la cafetería, en

el autobús, en los bancos públicos (mejor con respaldo): imagen de varón pasivo, engallado, ofrecido -que no oferente- al homenaje femenino que sobre él se inclina, solicita, acucia.

"Hombre desconocido que marchas por la calle.

Sólo quiero tu savia, no me importa tu nombre."

No de un concurso -que el secreto obliga-; de una publicación seria tomo dos versos sueltos. Las poetas, las mujeres, están ahora muy emprendedoras.

---*---

Y ya que va de versos...

No es frecuente que las páginas periodísticas dejen espacio a las efusiones líricas, quizá porque la actualidad de cada día viene a poner el horno a un fuego demasiado vivo, inútil para tales bollos. Sin embargo, yo quisiera traer aquí, con permiso, "La espera": página de aquel fraterno "Cancionero de Sagres" que uno, modestamente, había dedicado a Portugal en 1969. Mal vaticinio el del poeta, si se considera que nuestros vecinos, de pronto, se han lanzado a contradecir las últimas palabras de la canción:

Los montañeses del monte,

Los marineros del mar,

se ponen ropa de fiesta

cuando van a la ciudad.

La corbata les reluce

sobre la camisa impar.

El traje, de paño entero.

Por dentro es otro cantar.

*Van en busca de abogado,
al médico doctor van,
van a los altos señores
que administran la verdad.*

*En los zaguanes aguardan,
callados, quietos y en paz.
Va a ponerse el sol. Pero ellos
no se cansan de esperar.*